

¿Por qué será que no me emocionan las manifestaciones patrióticas?

El mundial de fútbol ha sido el acontecimiento del verano. Todos lo hemos vivido, sufrido, padecido. Todos en distinta medida. Unos por ser amantes de este deporte, a quienes ha provocado la inmensa emoción que es capaz de ocasionar tal espectáculo en los aficionados, otros porque, pese a sernos indiferente, nos lo hemos encontrado hasta en la sopa. Para bien o para mal, el mundial es lo que es, y hay que soportarlo con emoción, o con paciencia, según sea el caso.

Pero lo que más ha llamado mi atención, entre estupefacto e incrédulo, han sido las repetidas manifestaciones de exaltación patriótica. La profusión de banderas, en balcones, antenas de los coches, gorras, pañuelos/capas y de las mil inverosímiles e imaginativas maneras. Y todo ello acompañado de las explosiones de júbilo popular ante las victorias y pases a siguiente fase de la selección, que tienen lugar en los lugares tradicionales de las distintas ciudades, o simplemente recorriendo en coche las calles principales de las mismas.

Y no solo me refiero a los seguidores españoles. En Palma, ciudad donde resido, la exuberancia de múltiples banderas, además de la española (argentina, paraguaya,...), se ha convertido en una especie de competición. Todos y cada uno de los colectivos apoyando a su respectiva selección.

Para alguien que se siente totalmente ajeno a tales viscerales manifestaciones, no deja de ser un tema digno de estudio. Resulta evidente la necesidad que siente el ser humano de pertenecer a un grupo, de encontrar elementos, reales o imaginarios, que den sentido de unidad al colectivo al que pertenece.

A mi me resulta especialmente extraña esa reacción, en este caso en particular, por cuanto el sentimiento patrio ha sido siempre algo ajeno a mi mente. Y hoy si cabe aun más. A la "madre patria" le cuadraría más el nombre de madrastra, sí esa de los clásicos cuentos infantiles que se luce por su perversidad. ¿Cómo si no explicar que en el estado español se apruebe una legislación que penaliza a la mayoría de la población para salvaguardar las prebendas de la minoría? Y todo ello arropado por unos políticos que, en su mayoría, si no aprueben tales medidas es porque exigen que sean más draconianas aun. Pero la selección marca un gol y, todos, exultantes, nos sentimos unidos, formando un solo yo, aunque el salario no nos de para llegar a fin de mes. Pues lo siento, yo no puedo olvidarme

que mañana, este "cuerpo místico patrio" va a meterme un cuchillo por la espalda hasta la empuñadura.

Y mi asombro no se limita a mis "compatriotas". Veo con asombro como la exaltación patria (a su respectiva patria) llega a personas que hoy viven aquí porque su sociedad de origen les ha negado los recursos mínimos para vivir con dignidad. Desengañémonos, nadie emigra por placer (salvo que estés "forrado" de dinero, en cuyo caso no emigras, viajas por diversión). Es la necesidad la que obliga a la persona a abandonar su hogar y buscar nuevas oportunidades lejos de su casa. Y entonces me pregunto ¿Cómo puede sentirse ese misticismo patrio cuando en su lugar debería haber un sentimiento de rabia por haber sido traicionado?

Si algo tengo claro es que poseo más cosas en común con el argentino, el boliviano o el senegalés que trabaja junto a mí que con el empresario que saca pingües beneficios del trabajo de todos nosotros.

Puede que yo sea un ser extraño, un "bicho raro". Por supuesto, no soy el único que ve la realidad de forma distinta a la mayoría, pero si es plenamente cierto que, quienes así pensamos, somos una pequeña minoría. Si fuera de otra forma, no estarías leyendo este artículo, porque no habría motivos para ello. Nuestra sociedad sería más justa, más solidaria y menos perversa.